

Ética y política del erotismo y la pornografía: virajes, intensificaciones, mutaciones.

Abelardo Barra Ruatta
Universidad Nacional de Río Cuarto

Resumen: El erotismo y la pornografía han acompañado como bloques separados las manifestaciones sexuales siguiendo, en gran parte, la construcción social de la sexualidad femenina como sutil y la masculina como posesiva. La ética y la política contemporáneas al empoderar a la mujer como agente de goce promueven una dilución de fronteras entre ambas, aun cuando, la mujer objeto a la pornografía su ascendente patriarcal, machista. Procuró discutir la radical separación acudiendo, precisamente, a las prácticas del presente que se caracterizan por borrar identidades fuertes y abrirse a la experimentación hedónica.

Palabras clave: EROTISMO, PORNOGRAFÍA, SEXUALIDAD FEMENINA, HEDONÉ.

Abstract: The eroticism and pornography as separate blocks accompanied sexual manifestations, following, in large part, the social construction of female sexuality as subtle and the masculine sexuality as possessive. Ethics and contemporary politics to empower women and promote her role of enjoyment agent, dilution border between both, even if the woman objects pornography for her patriarchal and sexist ascendant. I try going to discuss the radical separation going, precisely, to present sexual practices that are characterized by erase strong and clear identities, opening to hedonic experimentation.

Keywords: EROTISM, PORNOGRAPHY, WOMEN'S SEXUALITY, HEDONÉ

La perpetuidad, la permanente inquietud sexual definen la importancia política de su talante. El sexo es vínculo permanente, fusión, acercamiento, diálogo y silencio discursivo. Acecha nuestras vidas por todos sus flancos. Solamente la fuerza mítica (y como tal, histórica y cultural) del tabú exime algunas figuras del orden del deseo sexual: padres, hijos, hermanos son secuestrados como avatares posibles de nuestros caminos de la inclinación sexual. Fuera de esas prohibiciones construidas todo se halla asediado por la pegajosa (pero a la vez glamorosa) sustancia de la sexualidad. El trabajo, el transporte, el deporte, la escuela, el ocio, la militancia, la cotidianidad son tantas otras ocasiones para que crezcan en nuestras conciencias infinitas manifestaciones del deseo. La biología determina absolutamente el sexo animal, de allí su impoliticidad: el celo se manifiesta siguiendo la curva hormonal, odorífera, morfológica del celo. Los ciclos de la aptitud reproductiva marcan las presencias y las ausencias de las manifestaciones sexuales del animal. En el extremo opuesto, el animal humano está psicológicamente conformado para prodigar y distribuir goces a cada momento, en cada lugar.

El sexo está inscripto en el entramado social porque emerge desde la singularidad del deseo: nuestra animalidad se expresa en la potencialidad permanente del deseo. El agotamiento del deseo es meramente subitáneo: es la pequeña y breve muerte del éxtasis. Pero su resurrección está siempre incoada sin obedecer al albur de las profecías bíblicas. Esa omnipresencia del sexo y el deseo erótico confieren a los mismos una centralidad política escasamente advertida. Los mecanismos de poder existentes en la sociedad ejercen controles sobre el devenir y el sucederse del sexo porque el control de la actividad sexual supone una vigilancia exhaustiva sobre la totalidad de las dimensiones de la vida. Interesa el sexo en su privacidad y en su proyección pública: el sexo de los amantes y el sexo de los ciudadanos. No solo el discurso moral de las iglesias supone una fuerte intromisión prescriptiva en la sexualidad sino que también las ideologías políticas despliegan una batería de dispositivos tendientes a lograr dinámicas sociales capaces de contener a las conductas sexuales dentro de pautas de comportamiento social aceptables y compatibles con el predominio de una organización económica de la sociedad donde el uso del sexo constituye uno de sus engranajes de beneficiosa continuidad.

Estos plurales centros, desde los cuales el poder se dispersa capilarmente, marcan lo que debe o no venderse, lo que debe o no hacerse, lo que debe o no decirse. Intereses lucrativos de grupos económicos que centran sus actividades en una serie de negocios legalmente fronterizos, estrategias políticas de sectores ideológicamente opuestos, propósitos institucionales de las iglesias y de las agencias de la moralidad tradicional, presionan de un lado o de otro con el fin de

modificar las muy maleables concepciones acerca del sexo con el avaro objetivo de acercar agua a su molino.

En dosis diversas, y dentro de la especificidad moral de cada una de las instituciones que conforman las instancias reproductivas de la sociedad se manifiesta una cierta tolerancia o condescendencia por lo que se caracteriza como erótico. Una estandarizada relación con lo artístico y el buen gusto hace que estas producciones se desplacen con cierta placidez por las cuencas sociales de la moralidad, la decencia y la belleza. En esta visión normalizada de lo erótico se percibe un parentesco con la idea de *arte puro*. En este caso se trata de la pureza que exhibe la armonización de la belleza corporal libre de toda mácula pornográfica.

Las filiaciones míticas de la pornografía, sin embargo, muestran una poderosa hermandad entre lo pornográfico y lo erótico. La pornografía deformada por la voluptuosidad nace de Eros. Si hubiera desciframiento del código genético de los personajes míticos encontraríamos que el ADN de la pornografía y el erotismo son pródigamente idénticos. Procesos derivados de la magia artística más sutil logran que la presencia de imágenes de sexo explícito, dentro de obras de buena factura estética o producidas por artistas de cierto reconocimiento, mute en el tolerable -o aún deseable- concepto de erotismo.

Con independencia de cuán discutido ha sido la cuestión del arte por parte de filósofos de todas las épocas, no resulta ocioso seguir preguntándonos, en un plano que roza el sentido común, si existen respuestas definitivas acerca de lo que signifique, para los singulares colectivos sociales –y dentro de los mismos, por supuesto, para el sujeto en su intransferible singularidad-, el disfrute de una obra artística. Acaso, ¿no podría suceder que una temática obscena en muchas ocasiones se convierte en un soporte portador de valor artístico? Ya no puede responderse desde un purismo contrafáctico. Por todas partes la realidad reúne entes inconmensurables, objetivos desiguales, especies heterogéneas. Una primacía de lo híbrido determina novedosas políticas de lo antropológico con peculiares e inéditos regímenes de verdad, belleza y circunspección ética. No poseeríamos ya un altar incontrovertible sobre el cual officiar el culto de la univocidad epistemológica, estética y moral. Un mercado multicolor y polifónico otorgaría contigüidad parificada a esos finalismos inconmensurables a los que recién aludí. Placer y ganancia, sublimidad y estrategia se interpenetran en jocundas liturgias de profana beatitud. La extraordinaria pléyade de juguetes eróticos que se hacen transparentes en los escaparates electrónicos de los medios de comunicación es apenas otro de los rostros con que se presenta la concupiscencia postmoderna o la cada vez más lucrativa industria del sexo. La concomitancia con otros sectores económicos, tales como los sectores del ocio, del entretenimiento, del turismo, el

juego y la diversión han dado lugar a una bizarra ontología social cuya imagen más conspicuamente acertada es la del carnaval con su intercambio pautado de roles y su gozosa suspensión de la rutina moral. La impúdica pornografía exhibe su lascivo cuerpo en las ventanillas de estas nuevas dimensiones antropológicas que esperan aún su difusión liberadora por los circuitos progresistas de los movimientos de emancipación democrática.¹

La capilaridad de lo sexual asume el desplazamiento reticular de una red. Cerca de un 80 del contenido de Internet es de naturaleza sexual y, dentro de ellos, una gran mayoría son de algún u otro modo pornográficos o eróticos. Por supuesto que el advenimiento de la reproducción explícita de lo sexual a pornográfico obedece a ciertas reglas de formación, porque es palmariamente evidente que no todas las relaciones sexuales explícitas producen el mismo efecto en el observador. Algo es puramente sexual –o biológico- cuando en su representación se halla ausente un régimen hermenéutico encargado de poner al puro asunto sexual en una economía sensual de suscitación de deseo o concupiscencia que confiere a la situación el status de pornográfico o erótico. Es claro que no toda exhibición explícita de los cuerpos desnudos –o aún de la cópula- posee virtualidad lujuriosa y que la construcción de esa instancia de deseo-placer se vincula profundamente con la intencionalidad que conforma la economía de la situación y no con la mera práctica de actos que involucran al sexo.

La profunda interpelación antropológica de la sexualidad a la subjetividad del ser humano determina su consustancialidad plácida en los menesteres diarios de nuestra actualización existencial. Gran parte de nuestros paisajes vitales incluyen alguna referencia a nuestras expectativas sexuales. Tal vez por ello, los expertos publicitarios apelan al desnudo (o a la insinuación de la sexualidad) en sus estrategias de venta. Esa familiaridad de lo sexual-sensual-erótico con nuestros deseos más conspicuos es lo que determina estas periódicas instrumentalizaciones antes que una apelación deshonesta a la sexualidad y/o corporeidad. Cuando se cava una profunda grieta entre lo erótico y lo pornográfico suele apelarse a un discurso impugnatorio de la publicidad erótica que consiste en atribuirle menor circunspección que al mismísimo cine pornográfico por apelar a recursos narrativos simulatorios francamente

¹ Las prolíficas relaciones entre goce y emancipación, entre placer y liberación han sido objeto de sustantivos abordajes a lo largo de la historia del pensamiento. Pero, en estrecho paralelismo a sus libertadoras proyecciones antropológicas, las fuerzas del reaccionarismo moralista estatúan poderosos frenos mediante culpabilizaciones y castigos fundados en anacrónicos atavismos morales. En ese sentido, es nuestra contemporaneidad la responsable de deducir plausibles resultados hedónicos para una humanidad reencontrada con la alegría de su destino de inmanencia terrena. La verdadera emancipación –es decir aquella asequible a nuestra finitud ontológica- no podrá eludir la dimensión del placer si verdaderamente pretende ser integral. Una serie de raigales acontecimientos políticos que tuvieron lugar en la última centuria alertan a los seres humanos respecto de la fiereza de un destino universal y trascendente más pegado al dolor y al sacrificio que a la alegría del existir.

inaceptables. La impugnación enfatizaría la instrumentalización absolutamente económica de los cuerpos, toda vez que el objetivo único de un corto comercial es incentivar la venta de productos que, las más de las veces, ni siquiera tienen que ver con aspectos de la corporeidad humana. Esta mirada austera absolvería al porno por hallar en el mismo la honesta conducta de transparentar absolutamente lo que se persigue y lo que se alcanza.

Otras impugnaciones a la pornografía fincan en objeciones serias, relevantes y atendibles. Por lo general, los diferentes feminismos ven al cine porno como una más de las manifestaciones insostenibles del machismo que vertebra a nuestra cultura patriarcal. Es indudable que ciertas especificidades de las realizaciones pornográficas constituyen aberrantes manifiestos de la degradación, sumisión y sometimiento de la mujer. El morboso y aberrante grado de violencia de género que algunas manifestaciones pornográficas exhiben no resultan chocantes y repulsivas para las mujeres sino para toda subjetividad abierta a una ética que haga del respeto al otro su principio material fundante. Sin embargo, la impugnación a toda manifestación pornográfica requiere de una reflexión más profunda capaz de revelar la existencia de zonas intermedias que no pueden ser evaluadas desde la dureza de un posicionamiento que refleja un moralismo difícilmente compatible con un feminismo postmoderno radical. Así, por ejemplo, podríamos decir que es absolutamente cierto que la industria del cine porno esté controlada por varones, pero no es menos cierto que ello ocurre en toda la industria cinematográfica y en la casi totalidad de las actividades económicas humanas. Otras palancas de poder hacen pie en la estructura sexista de la sociedad occidental, determinando de este modo la necesidad del obrar sinérgico de una vasta legión de actores para alcanzar una emancipación integral del género humano. Se trata pues de una lucha más integral que excede las regiones impugnadas desde el feminismo.

Hay otras objeciones vinculadas a aspectos psico-sociológicos que sostienen la emergencia de conductas machistas en el momento en que la mujer es erigida en objeto prominente del deseo del varón. Aquí nos encontramos con otros desplazamientos conceptuales que nos llevan a inquirir si no existe una objetivación del varón en el cine porno cuando el mismo se convierte en objeto del deseo femenino, al reducirlo a un órgano sexual eternamente erecto. Independientemente de que ambas situaciones ameritan una reconstrucción genealógica conducente a mostrar como el deseo femenino ha pasado por obstáculos ideológicos montados por sociedades que secundarizaron al placer en general, y particularmente, condenaron implacablemente al placer femenino, podemos preguntarnos por los argumentos que permiten aseverar que la objetivación construida por el deseo masculino es más abyecta que la construida

por la mujer (por cierto, en el caso que pudiéramos hallar abyección alguna en los deseos sexuales desenfrenados).

Retomando la idea de reconstrucción genealógica nos encontramos con que la fragmentación libidinosa de la corporeidad femenina es más frecuente por razón de que la sociedad occidental ha posibilitado el ejercicio de conductas lujuriosas masculinas de manera unilateral y discriminatoria en desmedro de la necesidad y capacidad de fantasía lúbrica de la mujer. Solo una mirada regresiva podría sustraer a las mujeres del exquisito goce de las fantasías sexuales y del uso de objetos fetichizados o simplemente deseados. Ocurre que siglos de represión política-cultural naturalizaron conductas femeninas sutiles y moderadas en su vivencia y práctica de la sexualidad. Si las actitudes voluptuosas no están arraigadas en la mujer, la causa de ello ha de buscarse exclusivamente en causas sociales y culturales y nunca en una ontología diversa e irreductible a la del varón. El presente, con su estimulante clima de permisividad siempre creciente, pone en evidencia que las mujeres disfrutan de la segmentación y uso de los varones en aquellas zonas entronizadas como erógenas. Los juguetes eróticos remedan con tecnológica lascivia penes de todo tamaño, consistencia y apariencia táctil. El consumo de *partenaires* sexuales, la asistencia a shows eróticos, etc. no son sino manifestaciones auspiciosas de una liberación femenina que se radicaliza dejando atrás supersticiones filosóficas que remitían al atrevimiento sexual a machistas atavismos de los que se debía prescindir necesariamente para encajar en la feminidad arquetípica.

La educación erótico-sexual televisiva, los programas de sexo tántrico, etc. no tienen las interdicciones del género porno, a pesar de que en estas instancias comunicacionales se vehicula una corriente erótica muy intensa tal cual queda demostrado con la batería de consultas que los televidentes formulan. En mucho de estos contactos se percibe que la estética o formato del programa es portadora de una intencionalidad erótica muy explícita y directa. Pero tal vez, lo más importante de este tipo de propuestas estriba en la visibilización que hace acerca de la trascendencia que poseen en la conformación equilibrada de la subjetividad humana estas cuestiones tan eludidas y elididas en un pasado muy reciente.

Recibido - 9 de julio de 2013
Aceptado - 12 de agosto de 2013